

THATCHER Y GRAN BRETAÑA



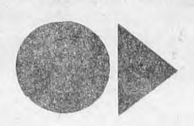
SUEÑO CON MALVINAS

La primera ministra británica, Margaret Thatcher, se encuentra ante la crisis más grave de sus diez años de gobierno. Tras el fracaso electoral de los comicios europeos y la Cumbre de Madrid, debe afrontar los problemas domésticos: la desunión en el seno de su partido, una nueva oleada de huelgas y el tema Malvinas que puede poner una gota de más en un vaso a punto de rebasar. En este contexto debe verse el relevo del titular del Foreign Office, sir Geoffrey Howe, registrado esta semana en el marco de una reestructuración general del gabinete. Howe estaba más dispuesto que Maggie a flexibilizar en el tema Malvinas.

POR MARTIN GRANOVSKY

En 1982 el Real Instituto de Asuntos Internacionales, la famosa Chatham House de Londres, organizó una serie de de conferencias para celebrar los 200 años del Foreign Office. Gente práctica, los británicos lo habían creado en 1782 porque las cosas andaban mal: en marzo, el último contingente del ejército se rendía ante los trece estados norteamericanos. Uno de los disertantes más ilustres fue lord Carrington, entonces secretario de Relaciones Exteriores. Dijo que la principal diferencia que percibía entre 1782 y 1982 era que el actual Foreign Office estaba absorbido por la diplomacia multilateral, en foros como la OTAN y la Comunidad Económica Europea, a diferencia de la agenda bilateral de su predecesor más antiguo, Charles Fox. Keith Kyle, director adjunto de Chatham House, contó el año pasado en Buenos Aires, durante un seminario sobre Malvinas organizado por el EURAL y la Universidad de Warwick que en un mes más será libro, que "dos semanas más tarde hubo una cortina de humo como en un melodrama victoriano: la trampa del piso se abrió y lord Carrington desapareció de la vista. Los argentinos habían tomado las Falklands".

Desde esa irrupción violenta de la diplomacia bilateral, un té para dos, sin tarjeta de visita, todos los movimientos del Foreign Office tuvieron algo que ver con Malvinas. En todos, esas islas lejanas pobladas por pastores dispuestos a soportar uno de los climas más horribles del mundo pusieron su pizca de pimienta. El viejo Geoffrey Howe, reemplazante de Carrington, dejó esta semana el Foreign Office para asumir como viceprimer ministro, un puesto decorativo desde el que podrá observar cómo Margaret Thatcher decide, sin consultarlo, las cuestiones de gobierno. Los diarios ingleses registraron estos días que en el Foreign Office sir Geoffrey, un hombre con vuelo propio, podía ser la sombra de Thatcher, pero sin du-



SE APAGA LA BUENA ESTRELLA

da no lo será en la nueva función. También interpretaron que el nuevo canciller, John Major, 46, ex secretario del Tesoro y el benjamín del gabinete, gozará de menor autonomía que Howe. Dicho de otro modo, que la oficina de Downing Street 10 ocupada por esta química que el 4 de mayo celebró 10 años en el poder importará todavía más en política exterior. Y una tradición no escrita dice que, en la cuestión Malvinas, sir Geoffrey estaba dispuesto a flexibilizar la postura británica un poquito más que Maggie.

Naturalmente, las Malvinas no son capaces de forzar un cambio en el Foreign Office. Además de los recelos dentro del Partido Conservador, Thatcher y Howe pensaban distinto sobre Europa. La primera ministra achacaba a sir Geoffrey una supuesta presión para integrar el Reino Unido a la CEE con un ritmo que ponía en riesgo la soberanía nacional, simbolizada en ese viejo lema de *Britain is different* que aún puede escucharse en la clase política de Londres sobre todo cuando rechaza integrar la libra en el sistema monetario europeo. Pero las Malvinas pueden poner su gota de más en un vaso a punto de rebalsar. Aparentemente Thatcher sostiene que, antes de comenzar algún tipo de negociación con la Argentina, Buenos Aires tiene que declarar el cese de las hostilidades iniciadas en 1982. Y, también en apariencia, el Foreign Office de Howe admitía tratativas sin esa exigencia unilateral.

El cese de hostilidades es el cuento de la buena pipa en la posguerra del '82. Londres dice que la Argentina debe declararlo, porque empezó las hostilidades. Dice también que el Reino Unido cesó las hostilidades, por lo que el cese argentino sería sólo un gesto recíproco y no el comienzo de otra cosa. Buenos Aires dice —o decía con Juan Aguirre Lanari primero y Dante Caputo después— que si cesa las hostilidades con una declaración no conseguirá nada a cambio. Argumenta que es un gesto gratuito.

El gobierno de Carlos Menem, en 20 días, alimentó la pipa del cuento con tres tabacos diferentes:

• Primero decidió que cesaría las hostilidades a cambio de nada, y dejó filtrar su decisión.

• Después repitió una oferta de Raúl Alfonsín, y sugirió cambiar el cese por el levantamiento de la zona de protección que forma un anillo alrededor de las islas desde 1986.

• Finalmente incluyó el cese de hostilidades dentro de un paquete mayor, junto a las restricciones financieras y comerciales, y a través de Cavallo indicó que no tendría problemas en declarar el cese como una medida más de las que se acuerden entre los dos países.

De los tres tabacos, sólo el primero tiene el sabor espeso del tabaco inglés. El segundo decididamente sería despreciado como lo fue en 1986. ¿Y el tercero? Escasean las señales desde Londres, pero en Reconquista 1088, sede de la Cancillería, confían en que también sea admitido por el paladar del Reino Unido.

Por supuesto, deberá pasar un tiempo antes de recibir señales claras del Foreign Office sobre cómo se resolvió en Londres el matiz Thatcher-Howe. Pero nada parece capaz de ocultar la posición de fondo de los británicos: cualquier solución deberá tener en cuenta, aunque parezca obvio, que el Reino Unido ganó la guerra y la Argentina la perdió. "Caputo concebía las negociaciones con nosotros al estilo de un juego intelectual", criticó el año pasado, en el exterior, un diplomático británico delante de este periodista. "El decía, por ejemplo, que después de la crisis de Suez, en 1956, no había sido decretado el cese de hostilidades. Pero no advertía que eso era lo menos importante. La clave era que nosotros ganamos la guerra y queremos el cese de hostilidades." O sea, el poder al Poder. Lógica transparente de una nación a la que todavía se reconoce en el mundo como la última depositaria de antiguas tradiciones imperiales.

En su interesantísimo trabajo presentado al seminario del Centro de Estudios Europa-América latina, Keith Kyle opinó que, a mediano plazo, la confianza de Londres en la Argentina se restablecería luego de dos transmisiones del mando presidencial (va sólo una). Y dijo que, en el corto plazo "debemos intentar distinguir, por difícil que parezca, las relaciones entre la Argentina y Gran Bretaña de la resolución del problema de las Malvinas/Falklands". Para añadir que *"primero* habría que ver qué puede hacer el gobierno argentino" con "las discriminaciones antibritánicas que persisten desde la guerra, particularmente las restricciones comerciales que no permiten la entrada de importaciones británicas e impiden los vuelos directos". La misma filosofía descarnada del diplomático anónimo convertida en análisis y, casi, en agenda.

En los últimos días, **Página/12** pudo saber de fuentes muy confiables que el Reino Unido define a la Administración Menem como "dispuesta realmente a una solución". La síntesis relatada a este diario sería así: "Vemos voluntad política por primera vez en muchos años, pero la experiencia nos indica que no podemos ser optimistas sin ser, al mismo tiempo, cautos. Muy cautos".



PREDICCIONES DE "THE ECONOMIST"

EL FUTURO EN COLOR CONSERVADOR

La caída de la popularidad del Partido Conservador y más aún, la dura derrota que sufrió en las elecciones del Parlamento Europeo han llevado a muchos analistas políticos de todo el mundo a pronosticar un magro desempeño del partido de Margaret Thatcher en los próximos comicios generales. Existen, sin embargo, excepciones. El influyente y conservador semanario británico *The Economist* publicó semanas atrás un editorial donde los datos que se suman y restan configuran un panorama bien distinto, en el cual el futuro no aparece tan sombrío para los *tories* ni —más importante aún— tan brillante para los laboristas. Contra estos últimos van dirigidos los dardos: el editorial se convierte, de hecho, en una lista de los "peligros" visibles en la plataforma laborista que, a la hora de votar, disuadirán a posibles electores.

***The Economist* empieza por reconocer la caída conservadora (el deterioro de la economía, el apoyo "irracional" a políticas como la privatización del agua o la energía nuclear y la derrota en los comicios europeos) y el ascenso laborista. Pero las elecciones generales serán recién en 1991 o 1992 y las tendencias pueden modificarse. "Un análisis regional de las encuestas de opinión debilita la idea convencional de un *revival* laborista", sostiene el editorial. Porque aunque ahora el laborismo supere a los conservadores por un 5 por ciento a nivel nacional, en Inglaterra del sur los *tories* llevan un 17 por ciento de ventaja y "el hecho de que el laborismo tenga tan pobre desempeño en las regiones más ricas y de crecimiento más rápido de Gran Bretaña difícilmente sugiera que es el partido del futuro".**

La idea del editorial es que los votantes, que el laborismo debería seducir, encontrarán en su programa (una revisión de su política recién confeccionada) "algunas cosas que les gusten y muchas que no". El primer punto se refiere a las huelgas, que los laboristas creen que podrían dar lugar a "acciones solidarias". Para *The Economist*, esto llevará a los electores a concluir "con razón, que el laborismo se prepara a abolir algunas de las leyes conservadoras que hicieron disminuir boicots secundarios". "Aun una torpe campaña *tory* —agrega— podría revivir el espectro de los sindicatos controlando otra vez al país". La escasa simpatía de los laboristas hacia los subsidios para las escuelas privadas llevaría igualmente a cuestionarse —según este razonamiento— "si los niños inteligentes de familias empobrecidas aún podrán escapar de las deterioradas escuelas estatales". Las mismas ideas se aplican a las líneas esbozadas para las políticas industrial y de viviendas.

El semanario da una vuelta más: los laboristas podrían decir que "no todo el manifiesto será aplicado cuando alcanzemos el gobierno". Pero "decir cosas pretendiendo que no sean tomadas seriamente", conduciría a un "gobierno deshonesto".

En esta visión el principal error de los laboristas es que no entienden que lo que la gente anhela es "ser más rica que sus padres" o "no ser molestada por huelgas". De hecho, el editorial parece esperar del laborismo una plataforma conservadora (una característica que si bien fue posible en la Argentina, no es usual en muchos países). Lo que el razonamiento sobreentiende es que el conservadurismo tiene la misma vigencia y popularidad que cuando Thatcher accedió al poder aunque haya perdido puntos por errores del gobierno. Una predicción que sólo podrá demostrar su certeza, o miopía, cuando los británicos echen su voto en las urnas.

Los temas más importantes aún están por acordarse; en Madrid hemos dado pasos de poca importancia. No estoy de acuerdo con los que aseguran que en Madrid la Comunidad Europea ha iniciado una irreversible cuenta atrás hacia la integración económica. Los problemas más gordos aún están por llegar'', aseguró Margaret Thatcher en su primera comparecencia ante la Cámara de los Comunes tras regresar de la cumbre europea de Madrid.

A renglón seguido, Thatcher informó que está estudiando un nuevo proyecto de integración económica europea, que conforme a sus deseos ''excluye la creación de un banco central europeo y una moneda común''.

Tras escuchar a la primera ministra, tanto en los bancos de la oposición como en los escaños conservadores se planteó un interrogante: ¿por qué Margaret Thatcher mostró su acuerdo con la primera fase del plan Delors para la integración económica de Europa, si ahora parece empeñada en dinamitarlo?

Probablemente la respuesta más aceptada la dio un analista político en el diario *The Guardian*, cuando aseguró que Margaret Thatcher había votado con el resto de los líderes europeos ''para destruir el plan Delors desde dentro, labor casi imposible si se hubiera quedado fuera de las comisiones que ahora deben crearse''.

Sin embargo, aún más poderosas que sus posiciones antieuropeas son sus razones de política interna. Sin duda, el adoptar una posición constructiva en Madrid le ha permitido ganar tiempo y reunificar las divididas filas conservadoras.

De repente, parece como si la buena estrella de Margaret Thatcher se hubiera apagado. Hace algo más de dos meses, el 4 de mayo, la primera ministra cumplía diez años de permanencia en el poder. Para celebrarlo, se fotografió con su nieta en la puerta de la residencia oficial. Desde entonces, sólo ha recibido malas noticias.

La más grave ha sido su derrota en las elecciones europeas. Nunca el Partido Conservador había perdido unos comicios europeos, ni la diferencia con los laboristas, que han sacado 13 escaños más, había sido tan grande. Tras la catástrofe electoral, resultado de un cúmulo de despropósitos que van desde la mala propaganda a los discursos antieuropeos de la líder, las encuestas repiten con insistencia la ventaja de los laboristas en las preferencias de los electores.

La derrota también ha activado la desunión en las filas conservadoras. El grupo de políticos conservadores que nunca aceptó las tesis monetaristas, reunido en torno al ex primer ministro Edward Heath, ha aprovechado para lanzar una ofensiva centrada en dos argumentos: el aislamiento internacional de la primera ministra y su pérdida de popularidad.

Ese grupo encabezado por Edward Heath, que de alguna manera aspira a una cierta venganza por las humillaciones recibidas en el pasado, había encontrado unos inesperados aliados en dos de los más importantes ministros, el de Hacienda y el de Asuntos Exteriores, que por motivos distintos encabezaron una rebelión en el gabinete contra Margaret Thatcher.

El titular de Hacienda, Nigel Lawson, relevado esta semana, deseaba una inmediata incorporación de la libra británica al Sistema Monetario Europeo (SME), convencido de que así podía controlar la alta tasa de inflación, ahora situada en el 8,6 por ciento. Lawson no reparó en los costos políticos que esto podía tener, a diferencia de la primera ministra, y obró convencido de que una estrategia puramente monetarista, basada en incrementar aún más los intereses bancarios, ahora del 15 por ciento, no basta para frenar la marea consumista y bloquear el proceso de inflación.

En Asuntos Exteriores, el fiel Geoffrey Howe se mostró incapaz de hacer frente al aislamiento en que se ha visto arrinconada la primera ministra. La pelea con la CE ha tenido un alto costo político, porque todos los fundamentos de la política exterior británica han quedado demolidos.

El más importante de ellos ha sido la estrecha alianza con los Estados Unidos. Con George Bush, la Dama de Hierro no tiene la misma relación privilegiada que mantenía con Ronald Reagan. El propio Bush lo ha dejado claro durante su reciente visita a Europa. Para la política norteamericana en Europa occidental, los alemanes y los franceses son elementos de mayor importancia que los británicos. Quizá porque ellos impulsan la Comunidad, contra la que se alza la solitaria voz de Margaret Thatcher.

Incluso, los dos elementos en los que Thatcher pretendía apoyarse para realzar su figura de estadista —la negociación con China sobre Hong Kong y la mediación en los territorios del sur de Africa— han quedado en entredicho. Tras la masacre en Pekín, Thatcher ha optado por protegerse tras sus socios comunitarios a la hora de protestar. La conclusión es que los cinco millones de chinos que viven en Hong Kong han quedado completamente desamparados.

Los intentos de mediación en Sudáfrica también han cosechado un extraordinario fracaso. Margaret Thatcher ha sido el único mandatario europeo que ha recibido a F. W. De Klerk, a partir de setiembre próximo presidente sudafricano. En Londres, De Klerk prometió reformas, que se desvanecieron hace pocas semanas cuando en Pretoria comenzó el congreso del gobernante Partido Nacional, y quedó claro que los actuales dirigentes del país no buscan desmantelar el sistema de segregación racial, sino reformarlo en una suerte de democracia orgánica.

Estos asuntos ocuparon muchas horas de discusión en el gabinete británico. Los antiguos ministros descontentos con Thatcher no disimularon que a ella le compete gran parte de responsabilidad por los reveses registrados y aseguran en público que la intransigencia ideológica de la primera ministra es el origen de tanto fracaso.

El más amplio reajuste de su gabinete emprendido por Margaret Thatcher en sus 10 años largos al frente del gobierno dejó esta semana a la opinión pública británica con la convicción de que la primera ministra ha dado forma al Ejecutivo que debe superar los recientes descalabros en sus índices de popularidad, y con la sospecha de que la más longeva jefa de gobierno del Reino Unido en este siglo ha señalado a sus delfines en la carrera para su eventual sucesión.

El reajuste supuso el movimiento de 17 ministros, completado con el nombramiento de jóvenes y ambiciosos conservadores en posiciones de menor importancia.

Aunque algunos políticos y comentaristas han querido ver un desplazamiento hacia la política del partido-nación del conservadurismo histórico, parece más sensato pensar que Thatcher se ha limitado a reconocer el peso de las diferentes facciones en busca de la unidad del partido en la recta final hacia nuevas elecciones.

La mayor sorpresa fue el relevo, mediante el procedimiento de la patada hacia arriba, de Geoffrey Howe, servidor desde la primera hora en los gobiernos de Margaret Thatcher.

Howe, hasta ahora jefe de la diplomacia, confirmó que sólo aceptó su nombramiento como viceprimer ministro cuando recibió garantías de que el trabajo incluye los mismos poderes que ejercía el vizconde Whitelaw, retirado de la política al máximo nivel hace ahora un año.

Howe, en la oscura tarea de ser vicelíder de una jefa de gobierno que acapara sus funciones y algunas más, presidirá numerosos gabinetes interministeriales, pero pasa a ocupar una plataforma oscura desde la que le será difícil proyectar mayores ambiciones.

La inflexibilidad ideológica ha generado conflictos entre las clases medias, tradicionales votantes de los conservadores. La primera ministra ha decidido que en su lista de privatizaciones le llega el turno a la seguridad social, los servicios de abastecimiento de agua y la compañía nacional de gas.

La privatización de la salud pública toca de lleno los intereses de 110.000 médicos, que han puesto el grito en el cielo cuando se les ha indicado que en el futuro tendrán que buscarse la vida como puedan y rentabilizar sus consultorios. La privatización del agua es aún más impopular porque ha generado una psicosis de ''envenenamientos masivos'', fácil de entender en una nación relativamente pequeña, con alta densidad de población, muy industrializada y con un medio natural ya muy deteriorado. Es decir, si ahora las aguas potables británicas son las más insalubres de toda la CE, ¿qué va a ocurrir cuando estén en manos privadas y los empresarios busquen rentabilidad, evitando las inversiones en costosos procesos de depuración?

Auge ecologista

Esos destrozos en la calidad de vida explican el auge de las listas ecologistas en las recientes elecciones para el Parlamento Europeo, que alcanzaron el 15 por ciento de los votos, aunque por las peculiaridades del sistema electoral británico no consiguieron hacerse con ningún escaño. El ascenso de los ecologistas puede transformar la política británica, no tanto por su propia pujanza como por los votos que pueden robar a los conservadores.

Desde luego nadie se ha atrevido aún a señalar que Margaret Thatcher va a perder las próximas elecciones generales, a celebrarse en 1991 o 1992.

Tan sólo se ha apagado su buena estrella. En las próximas semanas tendrá que despedir a la mitad de su gabinete, ceder ante la presión de las huelgas y recuperar su imagen de líder internacional en una Comunidad Europea en su contra. Pero, sobre todo, deberá enfrentarse a un Partido Laborista modificado conforme a los modelos de la socialdemocracia europea, que puede ser muy atractivo para los electores británicos de la década de los 90. Es como si, tras diez años de poder, a Margaret Thatcher la corona del poder absoluto le hubiera quedado demasiado grande de repente. Son las miserias del poder.

MAGGIE ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

LA NUEVA FUERZA DE LOS SINDICATOS

POR ANDREA FERRARI

Atrapados en medio de un espectacular embotellamiento, mientra ferrocarriles y subterráneos cumplían una rigurosa huelga, muchos londinenses recordaron esta semana aquel famoso "invierno del descontento", diez años atrás. En ese momento, cuando los sindicatos británicos tenían una fuerza mucho mayor a la actual y la Dama de Hierro aún no había alcanzado el poder, el país se vio paralizado durante meses por huelgas de todos los sectores. Algunos memoriosos todavía hablan de las pilas de basura amontonadas en las calles y los cadáveres en la morgue, a la espera de ser enterrados.

La situación actual está muy lejos de aquel 1979, pero para un país que experimentó durante diez años la mano dura de Margaret Thatcher la oleada de huelgas que ahora lo conmueve tiene un enorme impacto. Empleados de los gobiernos locales, de la BBC, de ferrocarriles y subterráneos y estibadores del puerto empezaron entre junio y julio paros escalonados, principalmente en reclamo de mejoras salariales. La primera oferta del gobierno —un 7 por ciento correspondiente a la inflación de 1988, aunque la de este año alcanza al 8.3— encontró una cerrada negativa de los sindicatos, que reclamaban 12 puntos para compensar las pérdidas de los últimos años. El gabinete apostó al desgaste y a las iras de la población, que de seguro se volcarían contra los huelguistas por las incomodidades sufridas. Perdió la apuesta: la inflación —irrisoria para los parámetros latinoamericanos pero alta para la estable Europa— ha hecho sentir su peso y las mayorías de los británicos tendió a mirar al paro con ojos solidarios.

La fuerza de los gremios parece recuperarse al mismo ritmo en que Margaret Thatcher pierde adeptos. Cuando en 1979 asumió el poder, la Dama de Hierro lanzó una guerra personal en la que los sindicatos quedaron desahuciados, con leyes que restringían cada vez más sus movimientos y el desempleo que aumentaba ferozmente. En los diez años pasados, la agremiación bajó de un 52 a un 42 por ciento de la fuerza de trabajo. Las normas laborales adoptadas en ese período determinaron que los llamados a huelgas deban ser aprobados en votación secreta por los afiliados, y que los paros en solidaridad sean ilegales. Los empresarios tienen, además, acceso directo a los jueces para detener una huelga por simples defectos formales.

Pero el aparente fin del mentado "milagro económico" de Thatcher, con una inflación que el gobierno no logra detener, alentó la actual ola de huelgas y pareció mostrar que los sindicatos, aunque debilitados, todavía pueden permitirse dar alguna batalla. Paralelamente, los laboristas, ahora en vertiginoso ascenso, reflotaron algunas reivindicaciones desterradas en los años del auge conservador. Tomando la bandera de la unidad europea —que tanto disgusto provoca a Thatcher— el líder de ese partido, Neal Kinnock, sacó a relucir los beneficios laborales que disfrutan otros países de la comunidad europea: menor horario de trabajo, reglamentos de salud y seguridad más estrictos y lugares para los sindicatos en las mesas directivas de las empresas.

La nueva fuerza de los sindicatos pone a "Maggie" entre la espada y la pared, muy poco después de haber sufrido una apabullante derrota en las elecciones del Parlamento Europeo. Hace pocos días declaró que su gobierno "está viendo los medios de parar algunas de las huelgas más difíciles", mientras su ministro de Trabajo, Norman Fowler, aseguraba no descartar "ninguna opción". La ley laboral que se presentará al Parlamento en los próximos meses podría incluir, entonces, la ilegalidad de los paros en el sector público. "Si entramos en ese terreno estaremos asumiendo valores que sólo existen en dictaduras repulsivas", replicó Jimmy Knnap, líder de los ferroviarios. Las palabras nunca han detenido a la férrea Thatcher, pero las cifras podrían tener otro efecto. Aunque las elecciones aún están lejanas, los sondeos le auguran por ahora muy pocas probabilidades de éxito.

LA BOLSA DE LOS ESCÁNDALOS

POR VINCENT BABY, DESDE LONDRES / AFP

La ola de renuncias de altos ejecutivos, provocada esta semana por el nuevo escándalo que conmueve a la City, el caso Blue Arrow, salpicó el prestigio del mercado financiero de Londres, que podría enfrentar otros episodios turbios a corto plazo.

Las dos sociedades comprometidas en el escándalo Blue Arrow son nada menos que el primer banco británico, National Westminster, y la principal institución financiera helvética, la Union de Banques Suisses (UBS).

En 10 días, las irregularidades cometidas por sus filiales, el Banco de Negocios County Matwest y los agentes de cambio UBS-Phillips and Drew, provocaron la renuncia de ocho responsables anteriores o actuales, entre los cuales figuran el presidente del National Westminster, lord Boardman.

La City no había conocido un escándalo comparable desde el caso Guinness, hace tres años, cuando la dirección de la célebre cervecería había manipulado la cotización de las acciones para facilitar una operación pública de adquisición (OPA) sobre el fabricante de Whisky Distillers. El proceso del ex presidente de Guinness Ernest Saunders debe comenzar en enero próximo. El caso podría repercutir si Saunders, actualmente en la ruina, trata de comprometer a sus ex asociados para para probar su inocencia.

El impacto provocado por ese episodio se sumó a las sospechas que habían suscitado, en los últimos meses, otras operaciones dudosas.

El gobierno británico tiene la posibilidad de publicar en cualquier momento un informe sobre las controvertidas condiciones en que se realizó la compra de Harrods, la tienda más prestigiosa de Londres.

La Bolsa de Londres, al mismo tiempo, investiga sobre la existencia de eventuales irregularidades en la OPA de 21.000 millones de dólares lanzada por el financista franco-británico sir James Goldsmith sobre Bat, uno de los principales fabricantes mundiales de cigarrillos.

El caso Blue Arrow, de todos modos, es —de lejos— el escándalo financiero más serio. Sin embargo, ese caso que conmueve a la City jamás se hubiera descubierto sin la existencia de la crisis bursátil de octubre de 1987.

Según un informe del Ministerio de Comercio e Industria (DTI), publicado hace 10 días, county Matwest y Phillips And Drew "engañaron al mercado" al disimular la emisión de acciones realizada por uno de sus clientes, el grupo de trabajo temporario Blue Arrow, cuando tomó el control de Americain Manpower.

Incapaz de encontrar suficientes inversores para comprar las nuevas acciones de Blue Arrow, las dos empresas se distribuyeron en secreto el paquete restante.

El silencio que rodeó esa operación constituyó un delito porque la legislación los obligaba a revelar esta toma de participación.

Phillips And Drew se había puesto de acuerdo con County para compartir los beneficios en caso de que las cotizaciones de las acciones de Blue Arrow subieran en la Bolsa. Pero, las pérdidas provocadas por el crac bursátil de 1987 les impidió disimular esa operación. La oficina de fraudes financieros, el Banco de Inglaterra y la policía estudian actualmente el informe de la DTI y no sería imposible que, a pesar de las recientes renuncias, decidan lanzar una ola de inculpaciones.

La policía también tiene entre sus manos el famoso caso Harrods. El gobierno se niega desde hace un año a publicar el informe con sus conclusiones finales para no entorpecer la investigación, pero el ex ministro de Comercio e Industria, Lord Young, reconoció —en un error desafortunado— que existían irregularidades.

Según el frustrado candidato a la compra de Harrods en 1985, el industrial Tiny Rowland, los triunfadores en la operación de adquisición —los hermanos egipcios Al Fayed— no disponen de recursos propios suficientes para financiarla y actuaron utilizando fondos del sultán de Brunei, el hombre más rico del mundo.



Una ola de escándalos financieros conmueve al flemático mercado accionario londinense y ha desencadenado una serie de renuncias de altos ejecutivos. Dos entidades bancarias internacionales de primer orden se ven comprometidas.